

Tempus Werræ, I

GREGORIO DE TOURS
HISTORIAS

Introducción, traducción y notas de Pedro Herrera Roldán



Cáceres 2013

30. Por su parte la reina no dejaba de predicarle para que reconociera al verdadero Dios y dejara de lado sus ídolos. Pero de ningún modo pudo moverlo a creer esto hasta que finalmente en una ocasión se originó una guerra con los alamanes,¹²⁹ y en ella se vio obligado por la necesidad a confesar lo que por su voluntad había negado antes. Ocurrió que, al chocar ambos ejércitos, se batieron duramente y el ejército de Clodoveo empezó a caer aniquilado. Al ver esto, levantó los ojos al cielo y, compungido en su corazón y arrasado de lágrimas, dijo: "Jesucristo, de quien Clotilde afirma que eres hijo de Dios vivo, de quien se dice que das auxilio a los atribulados y otorgas la victoria a quienes esperan en ti; devotamente imploro tu gloriosa asistencia, de manera que, si me otorgas la victoria sobre estos enemigos y experimento ese poder que el pueblo consagrado a tu nombre proclama haber probado de ti, creeré en ti y me bautizaré en tu nombre. Y es que he invocado a mis dioses, pero, según compruebo, están lejos de ayudarme; por ello creo que no están dorados de ningún poder, pues no asisten a sus fieles. Ahora te invoco a ti, ansío creer en ti solo con que me libre de mis enemigos". Y así que dijo esto, los alamanes se batieron en retirada y empezaron a escaparse huyendo; y al ver muerto a su rey se sometieron a la autoridad de Clodoveo diciendo: "Que no siga muriendo nuestro pueblo, te lo rogamos, que ya somos tuyos". Él por su parte detuvo la batalla y, tras exhortar a su pueblo, regresó en paz y le contó a la reina cómo había merecido alcanzar la victoria merced a la invocación del nombre de Cristo. [Ocurrió el decimoquinto año de su reinado.]¹³⁰

31. Entonces la reina hizo llamar en secreto a san Remigio, obispo de la ciudad de Reims, rogándole que instruyese al rey en la palabra de la salvación. El prelado, tras hacerlo venir con gran secreto, se puso a aconsejarle que creyese en el Dios verdadero, hacedor del cielo y la tierra, y dejase de lado sus ídolos, que ni a él mismo ni a otros podían ayudar.¹³¹ Aquél por su parte dijo: "Te escucharía de grado, santísimo padre, pero queda una sola cosa, que el pueblo que me sigue no tolerará el abandono de sus

¹²⁹ Los alamanes, que desde mediados del siglo V habían añadido a sus dominios Alsacia y el Palatinado, habían seguido avanzando tanto hacia el Sur (por la actual Suiza) como hacia el Noroeste, área en que tropezaron con los francos asentados en el curso medio y alto del Rin.

¹³⁰ Esto es, el 496. Con todo, la última frase del capítulo se considera a partir de Bonner (1890, p. 697 n. 1) una adición posterior al texto. Por otra parte, aunque a veces se ha identificado esta batalla con la mencionada en *Hist.* II 37, hoy se tiende a considerar que se trata de dos enfrentamientos distintos: el primero, el citado más adelante, se habría librado hacia el 496 en Zulpich (Tölbach) y habría estado protagonizado por los francos llamados ripuarios (con capital en Colonia); el segundo sería el descrito aquí y habría tenido lugar el año 506 (fecha que se desprende de Casiodoro *Vit.* II 41). En este caso la derrota fue tan abrumadora, que incluso el ostrogodo Teodorico tuvo que intervenir estableciendo un protectorado en Recia con los alamanes que escaparon (cf. Agatías *Hist.* I 6). No obstante, el grueso del pueblo y su territorio hasta el Rin quedaron sometidos a los francos, a quienes desde entonces sirvieron como auxiliares de su ejército. Sobre todas estas cuestiones cf., entre otros muchos, Wallace-Hadrill (1962, p. 168) o James (1988, pp. 84-85).

¹³¹ Cf. Sulpicio Severo *Mart.* 14

dioses; no obstante, iré y les hablaré conforme a tu palabra". Mas al reunirse con los suyos, antes de hablar se le adelantó el poder de Dios y todo el pueblo exclamó al unísono: "Rechazamos unos dioses mortales, piadoso rey, y estamos dispuestos a seguir al Dios inmortal que Remigio predica".¹³² Esto le fue anunciado al obispo que, lleno de una gran alegría, ordenó preparar la pila. Las plazas se cubrieron de toldos de colores, las iglesias se adornaron de blancas colgaduras, se dispuso un baptisterio, se esparcieron perfumes, brillaron cirios aromáticos, todo el templo del baptisterio se vio impregnado de un aroma divino y Dios otorgó allí tal gracia a los presentes, que pensaron que se les había transportado a los aromas del Paraíso. Así pues, el rey reclamó el primero ser bautizado por el pontífice. El nuevo Constantino marchó a la pila dispuesto a lavar la enfermedad de una antigua lepra y dispuesto a lavar con un agua nueva las sucias manchas llevadas desde antiguo.¹³³ Entrado que hubo en la pila bautismal, el santo de Dios le habló así de modo elocuente: "Baja sumiso tu cuello, sicambro; adora lo que quemaste, quema lo que adoraste".¹³⁴ Era por lo demás el obispo san Remigio un hombre de notable sabiduría y muy versado en estudios de retórica, pero tan distinguido también por su santidad que igualaba los milagros de Silvestre. En efecto, existe ahora un libro sobre su vida que cuenta que resucitó a un muerto.¹³⁵ Así pues, el rey confesó a Dios todopoderoso en su Trinidad, fue bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ungido con el sagrado crisma con la señal de la cruz de Cristo. A su vez se bautizaron más de tres mil de su ejército.¹³⁶ Se bautizó también su hermana

¹³² Sobre el alcance de estas conversiones cf. p. XXV y n. 28.

¹³³ En este pasaje se advierte cierto paralelismo con los *Actus Silvestri* (el papa mencionado más abajo), donde se cuenta que el emperador Constantino, tras ser bautizado, se curó de elefantiasis (*lepra elephantiae*). Estas identificaciones han hecho pensar además que nuestro autor podría estar manejando aquí materiales de claro carácter propagandístico pro merovingio. Cf. al respecto Wallace-Hadrill (1962, p. 66), Wood (1985, p. 251) o Hen (1993, pp. 271-272).

¹³⁴ Sobre otras interpretaciones de estas famosas frases y sus posibles fuentes, cf. Heinzelmann-Bourgain (1996, pp. 591-606). Por lo demás, los sicambros fueron uno de los pueblos ribereños del Rin que acabaron formando parte de la confederación franca, si bien, como sostiene Wallace-Hadrill (1962, p. 149), conservando cierta identidad. En todo caso, para esta época el término había adquirido un valor eminentemente poético, muy en consonancia con el tono solemne de la frase.

¹³⁵ Cf. *Vit. Remed.* 6-8.

¹³⁶ Tal vez deba verse aquí un nuevo paralelismo con los *Actus Silvestri*, donde se habla de tres mil judíos convertidos tras el bautizo de Constantino. Por lo demás, aunque se suele colocar el bautismo de Clodoveo entre la campaña contra los alamanes y la guerra contra los visigodos, su fecha exacta es una cuestión bastante controvertida y ha suscitado varias propuestas: los años 496/497 (datación tradicional, que se desprende del relato del Turonense), 503, 506 o incluso 508. Esta última posibilidad se basa en una carta dirigida al rey franco por el obispo Avito de Vienne (*ep.* 46), que afirma que la ceremonia tuvo lugar un día de Navidad. Dicha epístola permite también sospechar que Clodoveo habría estado influenciado previamente por el arrianismo, un aspecto que, lógicamente, Gregorio no habría estado nada interesado en señalar. Respecto a la ciudad donde tuvo lugar la ceremonia, Tours o, sobre todo, la misma Reims parecen los lugares más probables. Sobre esta cuestión cf., entre otros muchos, Van der Vyver (1938, pp. 802-813), Musset (1967, pp. 218-219), Wood (1985, pp. 249-272) o James (1988, pp. 121-123).